

Sentado ante una mesa, recorriendo el borde de un platillo con el dedo mientras observa a su compatriota Koulin atravesar decidido el salón del Malostranská Kavárna, tenemos a Anton Markov. Los pasos de Koulin son flexibles, elásticos. Mueve brazos y caderas en torno a sillas y mesas. Se gira como un patinador sobre hielo para deslizarse dos pasos atrás mientras bordea a la camarera, una chica de veintialgo. Espejos de pared, uno a cada lado de la puerta por la que acaba de entrar, puerta que da acceso a los lavabos, reproducen el hecho por triplicado: tres Koulins, de frente, perfil izquierdo y perfil derecho, como en las fotos policiales. Hay también tres camareras y tres grupos de clientes de fondo. Ante la escena triplicada, Anton recuerda su época de árbitro en Bulgaria: el truco estaba en ver las camisetas casi idénticas, las constantes carreras, las salidas repentinas, los cambios y cruces como un solo movimiento, partes de un sistema modulado que había que observar como desde afuera, desde arriba, o desde cualquier otro sitio distinto.

—Y como iba diciendo —dice Koulin, desliziéndose en su silla y estirando el brazo a lo largo del radiador que tiene a la espalda—, el yugoslavo vive en Praga 4, por Nusle. En una cuarta planta. A mí y a Milachkov se nos ocurrió asustarle diciendo que íbamos a tirarle por la ventana. Así que nos plantamos allí y él mismo nos abre la puerta, en albornoz. Debían ser como las diez de la mañana. Mila lo tumba del tirón y le cogemos en volandas, uno a cada extremo, y le llevamos hacia la ventana.

Pero mientras lo estamos acarreando, sale una chica del dormitorio. Y adivina qué.

Los ojos le destellan al otro lado de la mesa, sonrosados de emoción.

—¿Qué? —pregunta Anton.

—Está desnuda —dice Koulin—. Cuerpazo adorable. Pelo castaño que le cae por la espalda. Tetitas redondas. Cuando nos ve se pone a gritar y a chillar *¡No le hagáis daño! ¡Por favor, no le hagáis daño!* Yo empiezo a explicar que no queremos hacerle daño pero que debe dinero a Ili por el tabaco que está vendiendo en su zona, pero ella se limita a llorar y chillar un poco más. El yugoslavo no dice ni pío porque el puñetazo de Mila le ha dejado grogui, luego él no es problema, pero la chica está armando un escándalo. Y entonces... —Mueve el brazo—. Esta parte es un poco difícil de explicar tal como ocurrió... En fin, se meó encima. Pero lo que yo advertí fue como un goteo; no, miento, no fue un goteo: fue más como si le hubiera estallado una bolsa en el interior de la pierna. Una bolsa que no estaba allí antes. O como cuando tiran un globo de agua, sabes, y explota. Una masa sólida. Al menos antes de llegar al suelo, uno de esos suelos en espiga, de madera, ¿cómo los llaman...?

—*Parquet*. De tarima.

—Exacto: hasta que tocó la tarima. Entonces se rompió. Fue rarísimo. Como estaba desnuda no había nada que interrumpiera la caída. Y la chica, aquella hermosura desnuda, tan sólo se quedó allí plantada, chillando. Ni siquiera sé si llegó a darse cuenta de lo que acababa de hacer...

¿No contaba Koulin una historia parecida sobre Anton, de cuando se conocieron? ¿No se deslizaba en una silla parecida —quizá esta misma— y, estirando el brazo a lo largo del radiador, decía a su amigo Milachkov: *Pues*

*estamos yo y Janachkov, y Jana se muere por romperle el dedo al tipo, por trincar el dedo de ese bajito listillo, puede que judío por la cara que tiene. Y también está Ili, que se pone a explicarle al tipo en qué se ha equivocado, al importar todo ese refresco y venderlo tal cual en mitad de Praga sin pasar por nosotros, ni para el caso por nadie...?* Y tras la anécdota informal, Anton sujeto contra la pared, rígido de pavor, pensando que ojalá no hubiese reparado en que las *potraviny* de Praga llevaban todo el verano sin limonada, no haber sugerido jamás a Zdeněk que fuese a Alemania a por un cargamento, confiando que Helena no llegase justo entonces, confiando que se limitaran a romperle el dedo y dejarlo ahí, que no le pegasen en el estómago o la cara, o al menos no en los huevos, en los huevos no, por favor, cuando de pronto oyó a Ilievski dirigirse a Janachkov en búlgaro. *No se lo rompas todavía*, le dijo. Tras lo cual Anton dijo con un gemido *¡Eres búlgaro!* Y Janackov le soltó el dedo de inmediato.

—Qué coñ...

Ilievski, expresándose por todos mientras retrocedían clavándole la mirada. Fue como si la nacionalidad compartida les hubiera *abochornado* y hecho desistir de hacerle daño. Desde ese instante aquello se convirtió en algo parecido a una cena de una facultad de ingeniería o una de esas recepciones post-partido de la BFA. Ilievski le preguntó cómo había llegado a Praga, a qué se dedicaba además de (ahora aguantando la risa) vender limonada en zonas ajenas sin pagar cuotas, qué había hecho en Bulgaria... Descubrieron que ambos habían crecido en Dragalevtsi, y que Ili se había jugado una considerable cantidad de dinero en el partido de vuelta entre el Levski y el CSKA del 87, dinero que había doblado después de que Anton concediera un dudoso penalti al CSKA en tiempo de descuento.

—¿Cuánto pagaste por el refresco?

—Diez marcos alemanes por caja.

—No está nada mal. ¿Te gustaría trabajar para mí? Puedo ofrecerte...

Anton aceptó sobre la marcha. Aquella noche fue a la iglesia búlgara de Ječná y encendió una vela al ángel de la guarda —o impulso neuronal— que cuatro años antes le había hecho mandar a paseo el balonmano.

—... y entonces entra una segunda chica —está diciendo Koulin—, aunque, lástima, ésta no está desnuda. La chica intenta calmar a la primera. Como el suelo no está barnizado, el pis ha formado una gran zona oscura alrededor...

Anton, aún orbitando el platillo con el dedo, imagina la zona, los bordes irregulares, la chica asustada en medio. Mentalmente detiene la escena, se introduce en ella, le dice a la chica *No pasa nada, tú sólo mantén la calma, las cosas se arreglarán*, tras lo cual regula el movimiento de las demás figuras de la habitación: envía a la amiga a por un jersey que cubra a la otra hasta la rodilla, mantiene a raya a Koulin y Milachkov junto a la ventana mientras el yugoslavo vuelve en sí, saca algo de dinero, les paga... Funciona: la historia termina sin que nadie más salga dañado. Cuando ha terminado de contarla, Koulin desliza un sobre al otro lado de la mesa.

—¿Pasaportes?

—Pasaportes.

Anton mete el sobre en el interior de una carpeta que lleva consigo. Ilievski, dice Koulin, estará en el mercado de coches de Palmovka a las once y media.

—¿Él te dijo eso?

—Sí. Estuve con él anoche. Quiere que te reúnas allí con él.

—Vale entonces. Deja que...

—Ya está.

Koulin voltea el billete, deslizándolo el pulgar hacia arriba de modo que el papel queda encajado entre los dedos corazón e índice de su mano derecha.

—Eso lo has practicado.

—¿Qué?

—Nada. Gracias.

En la calle, el sol traspasa la espesa nube de diciembre que cubría toda la ciudad cuando Anton se dirigía hacia el Kavárna. Los tejados —de tejas rojas, doradas y marrones— siguen cubiertos de hielo. Anton cruza los raíles del tranvía al borde de la Malostranská Náměstí y baja Mostecká, pasando junto a agencias de cambio y establecimientos que venden cristal de Bohemia. Las suelas de sus zapatos van rozando adoquines negros y blancos de manera alterna. Una costumbre que tiene. Helena se queja de que eso le desgasta los zapatos, pero a él le gusta el sonido, el raspado y la pisada. Su ritmo se rompe cuando pasa bajo la arcada del Karlův Most: hay demasiada gente en el puente. Es la grey habitual: artistas de oficio que pregonan bocetos del perfil del Staré Město, o que dibujan a personas sentadas en taburetes ante ellos. *Portréty, Karikatury*. Violinistas solitarios tocando a Mozart, de dedos rojos que asoman por las puntas de guantes recordados, el aliento congelado derramándose por las cuerdas. Trovadores vestidos con chorreras y calcetas pseudo dieciochescas que cantan a Mozart a capela. Siempre el puto Mozart. Hay un transformista jugando al trile, una troupe de eslovacos de narices rojas en traje típico tañendo gruesos trozos de cuerda sujetos a bloques de madera de tallado basto. Hay organilleros; malabaristas con rastas; trenzadoras, sentadas de piernas cruzadas sobre esterillas; masajistas; echadoras de cartas; titiriteros; hombres con loros y boas constrictor; vendedoras de bisutería chabaca-

na. Y turistas, un sinnúmero de turistas, de bufandas y chaquetas de colores vivos, exudando y coagulándose alrededor de mapas y cámaras como una masa densa, radioactiva, un vertido tóxico fluorescente; coagulándose también alrededor de Anton, acorralándolo...

El puente acaba, liberándole sobre los raíles del tranvía en Křižovnická. Por entre los menguantes abrigos rojos y amarillos alcanza a ver a Zhelyazkov y Spasiev tras sus puestos de Karlova. Zhelyazkov lleva una chaqueta militar y una bufanda del Sparta. En el puesto hay pirámides de botellas de limonada: limonada de Anton. Justo al lado de Zhelyazkov, Spasiev está embutido en un grueso abrigo de piel. Lleva puesto su gorro del ejército soviético más grande, con las orejas bajadas. Delante tiene hileras de otros gorros del ejército soviético: infantería, caballería ligera, división armada, zapadores. Hechos a granel en Turquía. Anton vio en una ocasión toda una partida en el garaje de Ilievski, a Janachkov gruñendo mientras los repasaba con papel de lija, uno a uno.

—Camarada piloto —grita Spasiev, calando una gorra de aviador en la cabeza de Anton—, ¡llévanos a algún sitio cálido!

—¿Conoces el chiste del piloto ruso y el piloto inglés que se estrellan en la misma isla desierta? —le pregunta Anton.

—Dale.

—El inglés está mirando por un catalejo y ve un San Bernardo, uno de esos perrazos que llevan barrilitos de ron sujetos al cuello, nadando hacia la isla. Y dice: «¡Eh, mira! ¡Es el mejor amigo del hombre!». Y el piloto ruso agarra el catalejo, mira por él y dice: «¡Sí, y viene con un perro!».

Hay una pausa, a continuación ambos hombres se parten de risa. Permanecen inclinados un rato, luego al-

zan la mirada e inmediatamente vuelven a desplomarse, con risotadas más ruidosas, sacudiendo hombros y espaldas mientras tosen y sollozan a cuenta del chiste. Spasiev está aporreando la mesa. Zhelyazkov apoya el peso sobre el toldo de su puesto. Finalmente se endereza, saca una petaca del bolsillo de la guerrera y se la tiende a Anton.

—¡El mejor amigo del hombre!

—Exactamente. Ah, vale. No, gracias.

—¿Limonada?

—Gracias, no.

Zhelyazkov se saca un fajo de billetes de otro bolsillo y lo estampa contra el pecho de Anton. Spasiev abre una caja metálica y hace lo mismo. Anton cuenta ambos fajos y los mete en la carpeta.

—Venga, otro más. Una delegación americana va a Moscú a visitar una fábrica. El Partido dice al jefe de la fábrica que las delegaciones americanas preguntan siempre por el antisemitismo en la Unión Soviética, y que por si acaso les muestre algunos trabajadores judíos felices. El jefe dice: «Pero aquí no hay ningún trabajador judío, ustedes me hicieron despedirlos el año pasado». Y ellos dicen: «Muy bien, pues entonces elija a un trabajador, dele papeles judíos y le llamaremos camarada Rubenstein, y cuando vengan los americanos él les enseñará los papeles para demostrar que es judío y dirá que se le trata tan bien como a cualquiera otro». Así que el jefe sale y escoge al camarada, no sé, al camarada Tabalov, le da los papeles judíos y le dice que responda al nombre de Rubenstein y demás. Y la delegación americana llega y como cabía esperar hacen la pregunta del antisemitismo en la Unión Soviética y el jefe dice: «Caballeros, aquí no hay antisemitismo. Nuestro camarada judío, el camarada Rubenstein, lo confirmará. ¡Llamad al camarada Rubenstein!». Esperan, y esperan un poco más, y todavía más, y cuando ha

pasado una eternidad vuelve el adjunto del jefe y le susurra al oído: «¡Jefe! ¡El camarada Rubenstein ha emigrado a Israel!».

Esta vez la risa es forzada.

—Así son los judíos —dice Spasiev, anteponiendo un chasqueo de la lengua a su observación.

Hay un silencio incómodo. Ambos hombres piensan que él es judío. Se equivocan: es ortodoxo de la cabeza a los pies. A los trece años llevaba los cálices en Sveta Sofia. Su tío Stoyann le regalaba rosarios y devocionarios en su cumpleaños. *No hablo inglés, pero no importa*, le dijo Stoyann justo antes de marcharse a Filadelfia con un visado religioso. *Con los otros curas hablaré en latín. ¡Un idioma que ni siquiera tú hablas!* Cada vez que pone el pie en una iglesia ortodoxa, incluso aquí en Praga, el olor a incienso y la salmodia proveniente de detrás del altar le retrotraen a su niñez y, al mismo tiempo, evocan las construcciones elevadas, la columna de vapor y los pilotes de la nueva casa de su tío Stoyann que aún no ha logrado, todavía no...

Irá a la cafetería de Mústek, verá a Janachkov, luego tomará la línea amarilla. Pero primero la pregunta de rigor. A Zhelyazkov:

—¿Los refrescos no se están vendiendo bien?

—Hace demasiado frío.

—Deberías vender café. Vino caliente.

—Dile a Ilievski que lo arregle con Saudek.

—¿Saudek?

—Lleva la zona de al lado. — Zhelyazkov sacude el pulgar hacia un puesto a cinco metros de distancia. Dos samovares enormes despiden vapor. En un tablón pone: *Káva, Čaj, Svařené Víno*—. Pequeña Bulgaria termina aquí. Desde aquí hasta Husova es de los checos. Ellos hicieron que Ili aceptase no vender nada caliente.

—En fin, así funciona el capitalismo. En primavera barrerás. Tengo que irme.

Al final de Karlova, Anton atisba por la ventana de la Casa de la Fotografía y ve a una chica sentada ante un escritorio. De un perchero tras ella cuelga una chaqueta de piel de leopardo, o seguramente de piel de leopardo de imitación. ¿La conoce? Tímido, continúa, cruza la Staroměstské Náměstí y sube por Melantrichova. El cielo está azul ahora, con pequeñas nubes hacia el noroeste, sobre Letná. Anton entra en el Korunní Automat, deja atrás el mostrador de pollo asado y se dirige a la sección de pastelería y café. Ahí están, acampados en las mesas: cambistas. Checos y polacos, argelinos y marroquíes, rusos, turcos. Vociferándose cifras y tipos de cambio; riendo, discutiendo, dando empujones; empujando a sus clientes de una mesa a la siguiente; intercambiando cigarrillos y calculadoras; canjeando dinero entre sí entre transacciones; brincando de un idioma a otro, a un tercero, a un cuarto, como si también las palabras tuvieran un valor negociable. Anton localiza a Janachkov, el cual está acosando a dos norteafricanos, metiéndoles por la cara una servilleta con una especie de algoritmo escrito: quiere que le compren zlotys. Ve a Anton, suspende las negociaciones, se echa la mano al bolsillo trasero, saca un fajo de billetes de quinientas coronas y se lo entrega.

—¿Vodka?

—No. Gracias. ¿Cuánto hay ahí?

—Diez mil. ¿Café, entonces?

Janachkov ha sido el colmo de la amabilidad con Anton desde el incidente del dedo. Le presta vídeos porno, películas de Bruce Lee. Anton no le ha dicho que no tiene vídeo, ni que no vería porno o kárate si lo tuviese.

—Llego tarde a la reunión con Ili. Tengo que darme prisa.

Ahora lleva una carpeta cargada: debe haber quince mil coronas dentro. Aunque hay asientos libres, viaja de pie en el vagón de metro, con la carpeta pegada al pecho. Quince mil coronas más... ¿cuántos: diez, doce pasaportes? Mejor que no le trinquen ahora. Nunca le han trincado, no en Praga. La policía le interrogó en su país, cuando solicitó permiso para ir a América. *¿Una visita familiar? No debería haber problema. Sólo firme aquí, enviaremos los papeles al Departamento de Estado...* La carta llegó una semana después: debido a la desleal decisión de pedir un visado estadounidense, sus licencias de ingeniero civil y de árbitro de fútbol eran revocadas. En párrafo aparte se le informaba de su derecho legal a recurrir la decisión y se adjuntaba un formulario para presentar alegaciones si tal era su deseo. ¿Recurría alguien alguna vez? Pensó en hacerlo sólo para ver si le seguían la corriente, si montaban una farsa de junta de revisión por él, con todos los avíos, el personal y demás, pero Helena frustró la idea. *Esto no es un juego, ¿sabes...?* Aunque tal vez fuera exactamente eso: un juego, un partido amañado. Nadie ha dicho nunca que los juegos tengan que ser divertidos.

Palmovka. Aquí los edificios están más deslucidos. Junto a la calzada hay puestos de venta de tabaco, bebidas, boletos de lotería. Anton pasa junto a una nave industrial de rejillas de ventilación levantadas. Ante ésta, hay una especie de pequeña fábrica. El mercado de coches está ubicado en una hondonada a la derecha de la calle, justo pasado el edificio, unos cincuenta metros antes de que el camino se interne en el Libeňský Most. Desde los raíles del tranvía Anton alcanza a ver a Ilievski junto a la entrada del aparcamiento de uno de los vendedores de coches, bajo una ristra de banderas de espumillón que destellan a la luz del sol. Lleva un abrigo grueso y está inspeccionando un Mercedes. Milachkov merodea

tras él. Rambo serpentea y corre alrededor de las piernas de los presentes. Ili estará hablando de coches; la única razón de que siga trapicheando con vehículos. Éstos suponen un alto riesgo, con bajo rendimiento frente a sus demás operaciones, pero a él sencillamente le encanta estar entre coches y gente del sector, hablando de coches. En su garaje tiene dos Mercedes, más los Skodas, que deja conducir a sus hombres. Está husmeando bajo el capó, toqueteando, como si él fuese un gran médico y el mecánico checo que tiene al lado un interno desgarrado.

Anton desciende los escalones de piedra, estrecha la mano de Mila y espera a que Iliovski termine. En la coronilla, parte que no le muestran los espejos, el pelo de Ili, ya gris, ralea. Tiene una espalda firme, bien acolchada por el abrigo. De cachemir, marrón claro. Tampoco llegará a verse jamás de ese lado: de la manera que miraría a un asesino, acercándosele desde atrás. ¿Se le ha ocurrido pensar, cuando da la espalda a las cosas —perdido en contemplaciones sobre comida, el cuerpo de una mujer, el motor de combustión— que los rusos, o los yugoslavos, o los checos, podrían tenerle controlado? Tal vez por eso Mila está siempre con él, a su espalda. Pero ¿y si los mismos búlgaros quisieran despacharle? Un tiro de alguien de su grupo, de uno de sus hombres; de sus hijos, casi podría decirse: están todos en la treintena; él debe tener cincuenta y tantos. ¿Cuál de ellos sería, el parricida? ¿Janachkov? ¿Koulin, el propio Milachkov?

Iliovski saca la cabeza de debajo del capó del Mercedes y se gira. Tiene una piel dura y correosa, gris en los carrillos pese a estar bien afeitado. Alrededor de los ojos y las sienes presenta arrugas severas que Anton siempre ha visto como depósitos de alguna clase de sabiduría, o de poder. Las arrugas se intensifican cuando Iliovski le advierte y sonrío.

—¡Eh, hola! ¡Anton! —Se limpia la mano derecha en un trapo antes de cogerle por el brazo y acercarle al coche—. Mira esto.

Tubos, cables, cilindros. ¿Qué ha de mirar?

—Está bastante sucio, supongo...

—¿Qué? No, eso es sólo aceite. Es normal. Mira ahí: la junta de culata está floja. Lástima, el resto está en muy buen estado. ¿Qué me traes?

Ili se limpia la otra mano mientras Anton abre la carpeta y saca el contenido. Ilievski repasa el dinero, se lo tiende a Mila, a continuación sacude el sobre de Koulin.

—¿Papeles de transferencia?

—Pasaportes. Y eso es un documento legal de Branka.

—Bien, bien. ¿Cómo está Helena?

—Bien. Echa de menos a sus niños.

—Sabes que mi oferta sigue en pie. Si alguna vez...

—Ella es reacia. A hacerlo de esa manera, quiero decir. Pero si cambia...

—Claro. Ven conmigo a pasear a Rambo por la isla.

—¡Mirad ahí! —dice Milachkov—. Están filmando.

Es cierto. Hay un hombre caminando junto a las hileras de coches, a unos veinte metros, filmando mientras avanza. Es joven y lleva atuendo informal: vaqueros, suéter, abrigo, bufanda roja...

—¿Y qué? —pregunta Ilievski, encogiéndose de hombros—. Aquí siempre están filmando matrículas. Los muy idiotas.

—¿Por qué? —dice Anton—. Yo hubiera pensado que esa es una manera sólida de identificar...

—Primera lección —anuncia Ilievski, elevando el dedo—. Mila: ¿qué es lo primero que se le hace a un coche robado?

—Cambiarle las placas, camarada —responde Mila, en voz alta.

—Ten una estrella, joven pionero.

—Pero —Milachkov se sale del personaje—, normalmente van de uniforme cuando filman aquí.

Ili se encoge de hombros.

—Puede que hoy sea día de lavar la ropa.

—Conozco un chiste —dice Anton—. Un barco, pongamos que un destructor, lleva en el mar como siete, ocho meses, y los hombres que van en él, los marineros, están todo sucios y no quieren más que darse un baño y ponerse ropa limpia. Así que un día el capitán los reúne y dice: «¡Hombres! Tengo una noticia buena y otra mala. La buena es que vais a cambiaros de ropa». Los marineros estallan en vítores. Y el capitán dice: «La mala es que tú te vas a cambiar con él, tú te vas a cambiar con él, tú...».

Es de cajón. Milachkov ha soltado el maletín y se parte de risa. Iliovski ha dejado caer el trapo al suelo. El mecánico checo se encorva para recogerlo, sonriendo educadamente, de manera torpe. Debe tener poco más de veinte años. Anton le traduce el chiste al checo; él suelta una leve risita, como si le hubieran servido sobras frías. Milachkov dice:

—¿El Sparta ganó este sábado?

—¿Qué? —pregunta Anton, y luego—: Ah, sí. Contra Košice. De acuerdo. Vayamos.

—Nos vemos en el Nine de Újezd. A la una y media.

—*Perfektní.*

Iliovski ha arrancado a caminar por la isla de Libeňský. Llama a Rambo con un silbido; Anton trota a su vera para alcanzarle. El camino está sin pavimentar, bordeado a un lado por una valla de hierro corrugado que se inclina con el gradiente de la loma. Detrás de la valla hay unos cuantos abedules pelados. Rambo corre de vuelta hacia Iliovski y después se gira y avanza ante él, olisqueando manojos de hierba y charcos de agua aceitosa, despeda-

zando con la pata las finas láminas de hielo que flotan sobre sus superficies.

—Me encantan los días despejados de invierno. —Ili tiene la mirada puesta en el cielo azul claro—. Mira, Anton: ya ha salido la luna.

Se detiene, agarra a Anton por el hombro —con firmeza, hundiendo los dedos en el hueso— y le da la vuelta. La luna pende dos tercios llena por encima de los abedules, con la superficie desvaída y de un azul plateado.

—Eso sólo ocurre en invierno. —Ilievski libera a Anton mientras dice esto; avanzan—. Es por la orientación de la tierra. Recostada, lejos del sol. No la veríamos si estuviéramos en, por ejemplo, Australia.

—A mí también me gusta —dice Anton—. Que salga la luna mientras aún hay luz. No sabes si es de día o de noche. —Hay una canción con esa frase, pero en inglés. *Don't know if it's...* ¿Dylan? No, Hendrix. Durante los siguientes metros, la letra recorre la mente de Anton, una silenciosa banda sonora: *Excuse me, while I kiss the sky...* Han llegado a una casa apartada del camino. De una planta, paredes de yeso encalado. Construida seguramente en los cincuenta, sesenta, arquitectura suburbana bastante común; sólo la pared delantera, la que da al norte, ha sido reemplazada por mamparas de cristal. Conforme dejan atrás la casa, aparece una zona de césped. Sobre ésta, diseminadas, hay esculturas de pie, sentadas, tumbadas. Algunas, aún intactas, muestran soldados ondeando banderas conforme avanzan heroicamente por invisibles campos de batalla, o bien hombres y mujeres con monos de trabajo enarbolando hoces y martillos, como si los exhibiesen ante una multitud hace largo tiempo dispersada. Otras, caídas, muestran trabajadores inclinados sobre tornos o soplando vidrio a través de largos tubos como trompetas apoyados sobre la hierba. Al-

gunas están rotas: hay un gimnasta balanceándose alrededor de los arzones de un potro, pero las manos le han sido arrancadas a la altura de las muñecas, dejándole rotando en la dimensión incorrecta, por la superficie del césped...

—Muy apropiado —murmura Ilievski.

Se mueven por el césped, entre las esculturas. Algunas figuras están enfrentadas; otras dan la espalda para mirar hacia la casa, el río. Algunas están tan decrepitas que de sus brazos y muslos sobresalen cables oxidados. Hay codos resquebrajados, un hombro y dos torsos enroscados fetalmente dispersos por el suelo. La escena le recuerda a Anton fotos que Helena le enseñó una vez de pompeyanos fosilizados en lava. Junto a un discóbolo yace de lado una enorme cabeza en hierro forjado de Stalin, los ojos fijos inexpresivamente en los pies del atleta. Una oreja se le ha caído y reposa bocarriba. Ilievski golpetea la cabeza con los nudillos. Los toques provocan un clamor profundo, grave, como a campana rota. ¿Ha dicho apropiado?

—¿Perdón? ¿Apropiado?

—Sí. Estas esculturas. A lo que quiero hablar contigo: arte.

¿Arte? ¿Ilievski? A él, Janachkov va a comprarle entradas para el próximo ballet. Ili se saca un paquete de tabaco del bolsillo del abrigo de cachemir y enciende uno. Anton dice:

—En realidad no soy ningún experto...

Ilievski reprime la risa.

—No quiero hablar de arte, Anton. Jamás he entendido esa monserga. Un coche o una casa valen algo. Prestan un servicio. Pero un cuadro, una escultura, no sirven de nada, y sin embargo la gente paga cantidades enormes...

—Plusvalías.

—¿Qué?

—Plusvalías. Está en Marx...

Ilievski suelta un resoplido de burla.

—Seguramente por eso no sabía lo que era. No quiero hablar de arte: quiero hablar de una obra de arte *concreta*. Un rollo distinto. Y antes de seguir, dejemos claro que esto es especial.

—¿Especial?

—No es para debatirlo. Queda entre tú y yo.

—Entendido.

—Anoche —Ilievski contempla a Rambo orinar contra el gimnasta mientras habla— entregaron una pintura que ha viajado desde Sofía. Tiene que llegar a América.

Ahora es el turno de Anton de resoplar.

—Pues como todos, ¿no?

Ilievski se gira y vuelve a agarrarle por el hombro; de nuevo los dedos le hacen mella en la carne, le pinzan los nervios. Mira a Anton, los ojos llenos de simpatía, y deja caer la mano, echa la cabeza hacia atrás, expulsa el humo y continúa:

—La pintura es bastante antigua. Es una pintura religiosa, de un santo. Ya sabes a qué me refiero.

—Un icono —dice Anton.

—Eso mismo, un icono. En fin, con las cosas de arte, normalmente no hay problema. Cruzan Austria o Alemania del tirón, van por rutas establecidas, los funcionarios se ocupan de ellas, ya conoces la rutina...

¿La conoce? Anton se ha preguntado siempre cómo encaja el sistema, cómo funcionan las conexiones: células en Sofía y Berlín, Viena, Estambul, sindicatos en Londres y Estados Unidos, partes de un sistema vinculado por cadenas semisumergidas... En noviembre, cuando encontraron el cuerpo de aquel muchacho de dieciocho años en el parque Prúhonice con los órganos extirpados, el Asesinato del Helicóptero, estuvo una semana sin dormir, tumbado con la mirada fija en el póster de Santana y temblando mientras cada tranvía que pasaba

arrojaba en el dormitorio imágenes de aspas con filos como escalpelos, preguntándose si quizá, sólo quizá, uno de los turbios sujetos de Oriente Medio que él había ayudado a pasar, o una transferencia de fondos que había hecho por teléfono en nombre de Ilievski mediante oficinas en Moscú o Atenas, había facilitado, siquiera de manera indirecta, la comisión de aquel crimen. ¿Cómo saberlo? Cadenas y redes, partes que reaccionan a otras partes, sorteando los pasos y giros de una compleja danza. Él nunca ha tenido una visión del conjunto. ¿La habrá tenido Ilievski? Física 7, Facultad de Ingeniería de Sofía: el principio mecánico básico mediante el cual el efecto de giro de una fuerza sobre un eje dado, su palanca o «momento», puede afirmarse que es directamente proporcional a la distancia desde el pivote hasta la línea de la fuerza, se les decía, era universalmente aplicable. Todos los sistemas tienen puntos pivotantes: identifíquense y la estructura saldrá a la luz. Por un instante, Anton está de nuevo en la nívea aula contemplando al profesor Toitov jugar con el puntero a centímetros de los elaborados diagramas de sistemas de la pizarra —diagramas que trazan sistemas muy alejados del ámbito de la ingeniería: económicos, biológicos—, retando a sus pupilos estrella a localizar el punto de pivote antes que él; y seguidamente los suspiros, casi jadeos, que se extienden por la estancia con cada punto identificado, eje rotacional deducido, distancia y momento calculados, la estructura trazada y abarcada, como si tras la física yaciera la necesidad de confirmación de que estas desgarradas masas no eran más que accidentes del tiempo y las circunstancias, no cartografiables debido a su falta de planificación...

—Pero este icono en particular —está diciendo Ilievski— es, según parece, excepcionalmente valioso. Demasiado bueno para encargarse de él a la manera habitual.

—¿Y cómo quieres que llegue a América?

—No quiero. La policía va a recuperarlo justo aquí, en Europa.

—Dijiste...

—Y al mismo tiempo... —haciendo una pausa dramática, los ojos castaño oscuro sosteniendo los de Anton, las arrugas casi rebosantes del conocimiento que han mantenido a recaudo entre sus rugosidades— irá a América.

Ilievski libera los ojos de Anton y tira el cigarro al suelo, busca a Rambo, silba.

—Esa no puedes resolverla, ¿vedad, cerebritito?

Rambo aparece, mojado, desde detrás del discóbolo. Ilievski adelanta el cuerpo hacia el perro, le frota las orejas y aguarda la respuesta de Anton. Éste no tiene ninguna: mira en derredor, abochornado, los hombros alzados.

—Me rindo.

Ilievski agarra la cabeza de Anton, una mano a cada lado, la baja hacia sus labios y la besa: dos veces, con énfasis, como el emperador que amontona honores sobre un súbdito. Devuelve la cabeza a su sitio, exultante.

—¡Ja, ja! ¡Ha pasado la prueba de Anton! Si él no lo pillá...

Acerca ahora la cabeza a la de Anton, mirando de reojo la extensión de césped, como si las esculturas pudieran estar escuchando a hurtadillas, y susurra:

—Atiende. Vamos a hacer una copia de la pintura.

Retira la cabeza, mirando a Anton atentamente.

—¿Una copia? ¿Por qué no sacarle una fotografía y ya está?

Ilievski, abandonando la pose furtiva, da un paso atrás y suelta una carcajada. El frontal de vidrio de la casa ríe con él, y continúa riendo un segundo después de que él haya parado. Vuelve a dar un paso al frente y da

unos toques suaves sobre la coronilla de Anton, del mismo modo en que lo hizo con Stalin hace dos minutos.

—Ay, Anton. ¡Una copia! No un retrato; ¡una copia! Una copia *idéntica*.

—Y esa es la que la policía...

Ilievski ha retrocedido y está sonriendo, con los brazos cruzados sobre el amplio pecho.

—¡Pero qué genio! ¿Cómo se te ha ocurrido?

Ahora la cara de Ilievski se nubla mientras se encoge de hombros:

—Instrucciones. Ya sabes...

En un aula blanca de Sofía, Ilievski y sus coches, sus hombres, sus abrigos de cachemir menguan hasta convertirse en puntitos sobre la pizarra de Toitov, tan ajenos a cualquier punto pivotante como lunas alejadas de los planetas que orbitan, Anton se siente, sólo por un instante, muy cercano a él.

—Por eso te lo estoy contando —dice Ilievski, mirando al otro lado del césped—. Tú conoces a gente del arte; vas a todas las galerías...

—Bueno, en realidad no voy a *todas*. Pasé junto a una, hace media hora, de camino...

—Aquel tipo que conocimos a las afueras de Blatnička, el periodista de arte...

—¿Cuál?

—El inglés. Tu amigo. Tu vecino. Da clases en la AVU.

—Ah, Nick. Se ha mudado, pero aún nos vemos. Y en realidad allí no da clases: lo que hace es...

—Pues lo que sea. Sólo estoy diciendo que estás mejor situado que Janachkov o Koulin para encargarte de esto.

—Bueno, si lo expresas así...

—Sí, lo expreso así. Tengo un hombre cultivado en mi equipo; he de darle uso antes de que se marche a América. Ya tienes el visado, ¿no?

—Sí, pero Helena no irá, no sin...

La voz se apaga y los dos hombres permanecen en silencio un rato antes de que Ilievski continúe:

—Quiero que busques a alguien que copie la pintura. No digas de qué se trata, pero asegúrate de que no van voceándolo por ahí. Pagaré cincuenta mil coronas, y lo quiero hecho cuanto antes.

—Vale.

—Bien. ¡Rambo!

Anton se gira y mira hacia la casa. Los largos vidrios están recubiertos de mugre, pero adentro cabe distinguir grumos de arcilla endurecida sobre mesas de caballete abandonadas a cuyos pies yacen cubos de escayola seca, latas rotas y fragmentos de hierro forjado. En el suelo, partes de esculturas que han rodado desde el jardín han acabado unidas con otras partes, soldadas en nuevas configuraciones en las que brazos de atletas y muslos de trabajadores mutan en armas que a su vez se convierten en secciones de un mecanismo mayor, más difuso, que va formándose lentamente sobre el piso del taller: un extraño ensamblaje que sugiere una figura conectada a una especie de cápsula. La cabeza de la figura descansa contra una gruesa columna horizontal que se asemeja al rodillo de la máquina donde Helena escribe sus cartas. Rambo se pone a ladrar. Anton e Ilievski se dan la vuelta: una mujer camina hacia ellos por un sendero de tierra entre unas parcelas; una mujer mayor, de movimientos lentos, con un cubo en la mano. Rambo brinca hacia ella; la mujer se detiene, acaricia la cabeza del perro, seguidamente continúa hacia ellos.

—Buenos días. —Deja el cubo en el suelo.

—Buenos días —responden ellos al unísono, como colegiales.

—¿Buscan a alguien? —La mujer no tiene dientes.

—No —contesta Ilievski, volviendo la mirada hacia el césped—. Estábamos mirando estas esculturas.

—Pertenecieron a Jiří Ondříček. Esta es su casa. Las coleccionaba. Ahora está muerto.

—¿Cuándo murió?

—El año pasado. —La mujer se rasca la pelusa de la barbilla antes de añadir, redundantemente—: Era artista.

Ilievski resopla de nuevo.

—Podríamos habérselo encargado a él —dice a Anton en búlgaro. Éste sonrío. La anciana se pone tensa.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—¿De quién es la casa ahora?

Ella se encoge de hombros. Anton está mirando las parcelas por encima del hombro. La mujer dice:

—Por ahí no hay nada. La isla no está unida al parque Thomayerovy: tienen que volver por el otro camino. Pasado el embarcadero y el metro.

—Iremos a pasear al perro por ahí abajo. —Ilievski y Anton se ponen en marcha. La mujer se queda quieta, siguiéndoles con la mirada. Extranjeros.

—Seguramente piense que queríamos comprar la finca —dice Anton, sorteando un charco.

—No es mala idea. Tiene un valor excelente. Para un hotel...

Dejan atrás las parcelas, llegan al borde de la isla. El Vltava forma una ensenada; al otro lado hay abedules sin hojas, luego el parque Thomayerovy que asciende hacia Libeň. Rambo chapotea y da lametazos en las tranquilas aguas. Anton vuelve la mirada hacia la casa, el césped, las esculturas. Se imagina al tal Jiří Ondříček cortando y soldando, intentando sintetizar algo nuevo y milagroso de entre los restos, una visión que quizá distinguiera flotando de un modo vago en torno a los bordes de la suya, pero que nunca llegó a hacer realidad ni a comunicar...

—Si el artista ha muerto, ya no puede explicar qué estaba haciendo —cavila. Ilievski dice:

—Es posible. Un poco extremo. Yo no querría...

Su voz vuelve a apagarse. Está contemplando el leve ondular de las ramas de los abedules. Las mira con atención, seguidamente se recupera y dice:

—Bien. Lo quiero cuanto antes. La pintura está en mi casa. Puedes ir a por ella en cuanto encuentres a un artista que haga la copia. Ten —se saca un fajo de billetes del bolsillo del abrigo, se lo tiende a Anton, a continuación se mira el reloj—, ahí van veinticinco. El resto a la entrega. Ahora tengo que irme rápido. ¡Rambo!

Anton le observa caminar de regreso al mercado de coches. Hay un grupo de colmenas junto a las parcelas. Las abejas están ahora dentro, hibernando, igual que las del tío Stoyann. Anton le ayudaba a recoger la miel, extrayéndola de los bastidores de cera que iban sacando uno a uno de las colmenas. Cortaban en trozos la cobertura de cera endurecida de cada bastidor para dejar salir la miel, luego fijaban el bastidor a un brazo que se extendía hacia el interior de una cuba de plástico. Fuerza centrípeta creadora de fuerza centrífuga. Había que girar una manivela exterior de la cuba y el bastidor orbitaba dentro cada vez más rápido, la presión externa generada por el movimiento absorbía la miel de las rejillas, con tanta fuerza que salía disparada hacia fuera, impactaba en las paredes de la cuba y chorreaba hacia el fondo. Principios de ingeniería básica: un pequeño sistema perfecto con su punto de pivote situado en la interconexión de manivela, hueco y turbina, y su momento, en consecuencia, fuerte. Sólo que, en términos de ingeniería, lo que él y su tío Stoyann llevaban a cabo no era un hito de construcción sino de separación: bandejas de colmenas, trabajo de abejas de abejas, miel de cada celdilla de cera

en la que había sido almacenada. Anton recuerda haber visto a una abeja, que se había aferrado a su rejilla al sacar el bastidor y ser montado en la cuba, caer en el vasto océano de miel y ahogarse. Recuerda cómo la gravedad iba arrastrando el cuerpo sin vida y lo detenía en el punto en que la resultante del conjunto de vectores en la masa semisólida se había convertido en cero. En este claro día de diciembre, Anton llevará consigo la imagen de la isla por la ciudad dorada: una abeja, suspendida en un vítreo bloque amarillo, enterrada y flotando al mismo tiempo, completamente sola.

\* \* \* \* \*

... mediante un transmisor esclavo Rublo que opera en la zona VHF del espectro. Este instrumento posee un oscilador de cristal que evita las interferencias. Equipado con circuito receptor de frecuencia única y filtro de tono múltiple, puede activarse y desactivarse remotamente desde el puesto de escucha, cuya señal propietaria mantiene el transmisor en el aire el tiempo estrictamente necesario, evitando así el agotamiento de la batería o, al menos, posponiéndolo en gran medida. Unos colegas caracterizados como trabajadores habían instalado un repetidor en un hidrante cercano a la casa del Sujeto 2 [dos] días antes del comienzo de la vigilancia, el cual me permitía un rango de escucha de  $\frac{1}{2}$  [medio] kilómetro. La frecuencia del transmisor esclavo estaba establecida en 91.7 [noventa y uno punto siete] MHz, justo por debajo de Radio Jedná (antigua Radio Stalin), lo cual aseguraba que su recepción quedaría, en todo aparato receptor no modificado, bloqueada por la emisión de la emisora comercial. De tal

modo, lograba obtener una señal fuerte, con buen ratio señal/ruido, mientras aseguraba que la transmisión permanecía oculta. Confío en no ser inmodesto al afirmar que esto se me da bien: siempre obtengo señal. De hecho, no me cupo duda de que por tal motivo me fue asignado este particular encargo. Debo, sin embargo, dejar constancia de que, si el uso de los transmisores esclavos Rublo es eliminado progresivamente, tal y como está previsto, la calidad de futuras operaciones de vigilancia se verá perjudicada. Creo no ser el único en experimentar dicho temor.

18 [dieciocho] minutos después de activar el transmisor desde el puesto de escucha en mi vehículo, oí al Sujeto entrar en la habitación en la que había sido colocado. Le ofreció *slivovice* a un Asociado cuya identidad no fui capaz de establecer. El Asociado aceptó. Distinguí el sonido de un corcho al ser extraído de una botella y de 2 [dos] vasos siendo llenados, y tras ello el tintineo de los vasos al entrar en contacto. El Sujeto opinó que el licor checo sabe a colonia; el Asociado coincidió con él. El Sujeto informó al Asociado de que el suministro de Rakia les sería entregado esa misma noche, junto con reservas de vodka Stolichnaya, pronunciando «Stolichnaya» en un tono que ponía en cuestión la autenticidad y procedencia del producto. El Asociado lamentó la inexistencia de yogur agrio en establecimientos minoristas de Praga; el Sujeto afirmó que no era posible exportar este producto, dado que invariablemente se estropea cuando abandona tierra búlgara. El Asociado argumentó que no había motivo para ello; el Sujeto insistió en que su afirmación era no obstante cierta, citando en su defensa un artículo periodístico que había leído sobre un intento de reproducir este tipo concreto de yogur en un laboratorio de América, intento que, informó al Asociado, había re-

sultado infructuoso, para desconcierto de los científicos involucrados.

La conversación continuó en esta vena 41 [cuarentaiún] minutos, tiempo durante el cual repetidos sonidos de descorche, vertido y tintineo me indicaron que se consumió más *slivovice*. Se trataron temas como el análisis y distribución, por nacionalidades, de las prostitutas callejeras en Praga 1 [uno]; la posibilidad de que Skoda sea adquirida por un fabricante de vehículos occidental en un futuro cercano; los cambios esperados en las matrículas de coches tras la división de Checoslovaquia el próximo mes; el gran número de yugoslavos que ha buscado refugio en Praga tras el estallido bélico en su país; la altura máxima, en plantas, desde la que podría esperarse razonablemente sobrevivir a una caída; y otros asuntos que fui incapaz de seguir debido a deficiencias en mi búlgaro; si bien toda la conversación, huelga decirlo, fue grabada y ha sido enviada a los cuerpos relevantes para un mayor escrutinio.

Finalmente el debate fue interrumpido por un zumbido que interpreté como el timbre de la puerta del Sujeto. El Sujeto saludó este sonido con aprobación. Instruyó al Asociado para que le ayudase a descargar un coche; salieron de la habitación, sin que esa noche fuese posible continuar con la escucha. Pese al escepticismo del Asociado, tengo la impresión de que la afirmación del Sujeto sobre el yogur es creíble. La conductividad y el campo electromagnético de la tierra varían sustancialmente de un lugar a otro, como sabe todo operador de radio. Dejé mi puesto de vigilancia poco después de las 2 [dos] a.m. y, tras regresar a la Central de la CCP...